

Como plantea Milán Marinovic, destacado sociólogo y gran amigo de muchos de los presentes **“Nada es casual, todo es Causal”** y es que no es casualidad que nos hayamos reunido precisamente en este lugar, la Plaza Carmela Carvajal, a conmemorar el día de la Familia Naval; y en una fecha cercana al 5 de mayo, día en que hace 153 años, Carmela Carvajal Briones y nuestro Héroe Patrio, Arturo Prat Chacón, contrajeran matrimonio para formar una familia ejemplar.

Tampoco es casualidad, que Arturo Prat por una parte cultivara un profundo amor por su familia y por otra, no titubeara en ofrendar su vida por la Patria en la rada de Iquique, aquel 21 de mayo de 1879.

En efecto, muchas son las muestras de amor filial expresadas por nuestro héroe, plasmadas en sus cartas a Carmela, tales como:

Aquella fechada en Mejillones el 29 de septiembre de 1873, en la que le saluda diciéndole **“Bien mío”** y se despide expresándole **“recibe de tu esposo el más dulce beso”**

O en otra, en la que le saluda refiriéndose a ella como **“Ángel mío”** y despidiéndose, **“hasta luego mi Carmelita, ya el momento de abrazarte se acerca”**

Y en una carta fechada en Mejillones el 7 de septiembre de 1874, haciendo referencia a su hija Carmela de la Concepción, expresa **“A nuestra hijita un besito y a toda la familia un recuerdo”**

Y cómo no emocionarnos también, con el relato que el guardiamarina Vicente Zegers hace de los últimos momentos del comandante Arturo Prat en una carta enviada al diario “La Unión” de Valparaíso, señalando:

Abro comillas:

*Creo, Zegers, que Ud. como los demás, no ignora el fin que nos espera
Si lo que espero se cumple, no se olvide de mis palabras que serán tal
vez las últimas: “Cuando vuelva Ud. a Valparaíso, vea a mi Carmela,
dígale que mis últimos votos son para ella y para mis dos hijitos”.*

*Al oír aquellas palabras, señala Zegers, no sé realmente lo que pasó
por mí. Me sentí dominado de un sentimiento tan extraño, que no
atiné a contestar, y habría tal vez llorado si en aquellos instantes no
hubiera comprendido la necesidad de sobreponerme a mí mismo.*

*Vino entonces a sacarme de tan angustiada situación, las palabras
del mismo Comandante, que volvió a decirme: “Zegers, tenga
presente mi encargo”.*

Ya en la antigüedad, los grandes filósofos destacaban el amor a la familia, así como a Dios, como cimiento de la virtud cívica, relacionándolo con la nobleza del hombre.

Platón, Aristóteles, Sócrates, Epicuro, entre otros, convergen en la idea de que la sociabilidad humana y la justicia cívica se forjan primero en el hogar.

Platón propone en su obra La República, que, en la familia se cultivan la justicia y la prudencia que se proyectan hacia la polis, que la estabilidad familiar facilita la educación de los guardianes y de los ciudadanos, y que el amor filial puede ser orientado hacia la justicia y la templanza.

Aristóteles, para quien la vida buena es la vida en virtud dentro de la comunidad, señala que la familia es la primera ciudad-primaria, en donde se fomenta la amistad y la benevolencia, y la virtud se aprende allí, a través de la justicia conyugal, convirtiéndose en hábito que luego se extiende a la polis.

Sócrates, por su parte, plantea que la virtud es conocimiento del bien y que un ciudadano virtuoso es aquel que sabe vivir bien con los otros, empezando por los suyos, invitando a entender la ética familiar como un ejercicio de prudencia y justicia que se aprende desde la infancia.

En suma, para estos pensadores, el amor a la familia no es un simple afecto privado, sino la primera educación de la virtud, que permite a la persona vivir correctamente entre otros y participar de la vida cívica.

La justicia en el hogar, la paciencia, la piedad y la prudencia aprendidas allí: son los hábitos que, trasladados a la polis, configuran al ciudadano capaz de vivir en concordia, respetando las leyes y promoviendo el bien común.

Al comprender y practicar estas virtudes en la familia, cada individuo se prepara para cumplir su deber cívico con integridad y responsabilidad, tal como lo hiciera Arturo Prat en todas y cada una de las facetas de su vida.

La familia es reserva moral y proporciona apoyo afectivo, seguridad y cuidado. Este sostén emocional influye en el bienestar mental y en la capacidad para afrontar grandes desafíos, y aporta contención en momentos de angustia y pesar.

Las normas básicas para convivir, tales como la honestidad en la palabra, la ayuda al prójimo, la tolerancia ante las diferencias y la fortaleza para superar las adversidades, no nacen de la imposición, sino del testimonio de quienes nos rodean y del amor que nos compromete.

En tiempos marcados por un intento de ciertos sectores por erosionar y destruir las bases culturales de nuestra sociedad, fenómeno que se ha traducido en violencia callejera y en los colegios, falta de respeto a las autoridades, corrupción en organizaciones públicas y privadas, delincuencia, drogadicción y narcotráfico, desenfreno de las pasiones, exacerbado individualismo, la familia debe volver a ser el primer espacio de formación intelectual y moral basada en valores cristianos, responsabilidad personal y respeto por la verdad.

Las sociedades prosperan cuando se apoyan en la familia, en instituciones fuertes, en la libertad bien entendida y en el cumplimiento del deber.

Cuando una familia educa en la verdad, fomenta la escucha, **enseña a perdonar y fortalece la esperanza**, está sembrando la semilla de una nación cohesionada.

En este contexto, Arturo Prat Chacón y Carmela Carvajal Briones son un ejemplo de familia chilena, caracterizada por un amor profundo, respeto mutuo y resiliencia frente a tragedias, como la muerte prematura a los nueve meses en 1874, de su primera hija, Carmelita de la Concepción, el propio fallecimiento del héroe en 1879 y un incendio en el hogar de Carmela en 1881, que destruyó gran parte de sus recuerdos personales.

Tampoco es casualidad que la Liga Marítima de Chile rinda homenaje a la familia en general y a la familia naval en particular, a los pies del Monumento de la mujer que no sólo despide a ese hombre que se hace a la mar para preservar, defender, desarrollar y explotar de manera sustentable los intereses marítimos del país, sino que también catea el horizonte reconociendo en esa mirada al futuro, que el porvenir de Chile está en el mar.

En tiempos marcados por una tendencia a la relativización de los valores que cimientan nuestra sociedad cristiana occidental tales como Dios, Patria y Familia, **urge** poner en valor el ejemplo de heroísmo y entrega sublime y desinteresada de Prat, así como la rica y hermosa relación familiar que caracterizara a Arturo Prat y Carmela Carvajal, para instituirlos como faro que ilumine y fomente un amor filial, a partir del cual, construir una sociedad próspera, justa y solidaria, que haga de Chile, una gran nación.

He dicho.